

PEDRO P. BERMÚDEZ ⁽¹⁾

EL CHARRÚA.

Yo canto el ínclito esfuerzo
De la gigantesca raza,
Que hiciera trescientos años
Pié firme, frente á la España,
Llevando diversa suerte
A diferentes batallas.
Esa, no bien conocida
Ni aun aquí en su misma patria,
Pero que en hechos gloriosos
Se muestra, en ella, abultada,
Burlando en nuestra historia
Su nombre á punta de lanza,
Y la que también pudiera
Competir con la Araucana,
Si Don Alonso de Ercilla
Fuese aquel que la cantara.
Esa, que siendo señora
De nuestra vasta campaña,
Con planta fácil, ligera,
Indómita la paseaba,
O en sus boyantes canoas
Sutiles, leves y largas,
Nuestros arroyos y rios,
A todas aguas surcaba.
Esa, de pecho salido,
Ancha de hombros, de alta talla,
De cabeza firme erguida,
De fisonomía animada,
Y cuya corva nariz
Copia era de la Romana,
De cuerpo recto y flexible,
En ademanes gallarda,
De breve andar altanero,
Y de nervuda pujanza;
Esa, que por todo traje,
A la cintura llevaba
Un tonelete de pieles,
Sueltas á fuer de sobadas,
Y un quillapí, que á los hombros
Por sobre el pecho, anudaba,
Mientras que su cabellera
Negra, extendida, poblada,

Dejaba caer al descuido
Sobre el pecho, hombros y espaldas,
Y allá á nivel de la frente
En redondo, la apretaba
Con un jirón de colores
Ancho y á guisa de faja;
Esa, de mirar severo,
De tez brillante y tostada,
Que el cuello, brazos, muñecas
Y tobillos, se adornaba
Lo mismo en fiestas que en lides,
Con ajorcas emplumadas,
Esa, que briosa en el llano,
En el aduar, ó en la caza,
Airada, quieta ó corriendo,
Traía consigo, por armas,
Arco, carcaj, y en él flechas,
Y en la mano larga lanza,
Y boleadoras, de á dos,
Que á la cintura reataba;
Con estas, al escondido
Tras de alguna espesa mata,
Atisbaba el avestruz,
Al guazubirá ó la gama,
Y alzándose de improviso
Al aire las revoleaba,
Y despedidas, en giros
Al animal alcanzaban,
Concluyendo su carrera
Cuanto le envolvían las patas;
Esa que del lazo hiciera
Serpiente negra, enroscada,
Que al desrizar sus anillos
Hasta la presa llegaba,
Para rodeársele al cuello
Y detenerla, ó ahogarla:
Y la que también sabía
Desafiar, y que retaba,
É iba al campo, y cuerpo á cuerpo
Esgrimiendo, en él, sus armas,
Lidiaba tenaz y fiera
Llena de fé y esperanza.

(1) El coronel PEDRO P. BERMÚDEZ, nació en Montevideo en 1816. Es uno de los pocos representantes del teatro nacional. Su tragedia «*El Charrúa*», que fué representada con éxito en Montevideo, es una de las piezas de verdadero mérito de nuestra literatura dramática. Cultivó el género patriótico descollando entre los poetas de su época. Falleció en 1860.

Mas si el destino alevoso,
Al trance la abandonaba,
Maldiciendo su destino,
Moría sin pedir gracia.
Esa, que al potro bravío
De aquella cría de España,
Dominándolo, á su antojo,
Le quitara ó diera alas,
Tal ó como le placía,
Dueña era de su arrogancia;
Y, ó ya lo paraba, inmovil,
O ajitándolo volaba.
Pues con un leve bocado
No de hierro sí de huasca
Como lo nombraba ella,
Trepándose á sus espaldas,
Iba en el crinado potro
Recorriendo la campaña,
Cruzando rios y arroyos,
Y bosques y hondas quebradas,
Y pantanos y chircales,
Y lagunas y montañas....
Siempre respirando, bríos,
Siempre vomitando, saña,
Siempre blandiendo su pica,
Siempre soñando venganza,
Sobre el fogoso potro
Al combate se arrojaba,
Y en él, allí, á los cristianos
De la América ó de España,

Con indomable entereza,
Aunque desigual en armas,
Arremetiéndolos, lista,
Bizarra, los afrontaba,
Y les disputaba el campo,
Palmo á palmo, cara á cara,
Y golpeándose la boca
Que espuma, en copos, manaba,
Con ella, al viento, entre gritos
Parte de su rabia enviara,
Mientras, el campo, en su potro
Caracoleando, rodeaba,
Mostrándoseles á todos
Con él, y en él, con su lanza,
Donde una espada filosa
Embutida traía, al asta,
Y cuyo aguzado extremo,
Húmedo en sangre cristiana,
Cada vez que se blandía
Rojas gotas salpicaba.
Que así iba, rebosando
Crudas y cerriles ansias
Por todas partes, y en todas
Lidiando jadeante, airada,
Siempre ansiando el exterminio
Nunca hastiada de matanza....
En fin, yo canto, la tribu,
Que hoy es polvo, menos, nada:
Esa que fuera preciso
Para vencerla, acabarla.

FRANCISCO XAVIER DE ACHA ⁽¹⁾

MATER DOLOROSA.

Con el alma atribulada
Por el dolor traspasada
En tu triste soledad;
Virgen Santa te contemplo
Abismado en el ejemplo
Que me das en tu horfandad.

Ya no brilla la luz bella
Que iluminaba tu huella,
Ya tu delicia acabó!
Aquel Sol, cuyos fulgores
Alentaba tus amores,
Madre mía se eclipsó.

El Divino Salvador,
Hijo Santo de tu amor
En la Cruz al espirar,
Te dejó en llanto sumida
Huérfana, triste, abatida
Abismada de pesar.

De aquel suplicio terrible
Que tu corazón sensible
Tanto y tanto desgarró,
¿Cómo el dolor resististe,
Como Madre no moriste
Cuando tu Hijo espiró?

(1) FRANCISCO XAVIER DE ACHA nació en Montevideo en 1828. Después de Acuña de Figueroa, es considerado como el primer poeta festivo que haya tenido el país. Sus

En la angustiosa aflicción,
Virgen Hija de Sión
 ¿ A quién te compararé?
 Si tanto sufriste tanto
Y es como el mar tu quebranto
 ¿ Cómo te consolaré?

¿ Quién podrá nunca explicar
 El dolor tuyo sin par,
 En trance tan duro y cruel?
 ¿ Qué Madre jamás libó,
 El vaso aquel que apuró
 Tu labio de amarga hiel?

Del martirio que te labra,
 Ni siquiera una palabra
 Se te escucha articular;
 Sólo una lágrima amante
 Se ve, Virgen, tu semblante
 Entristecido surcar.

Tu dolor no lo permite
 Porque tu piedad no quite
 Su fuerza virginal;
 Elevas tu vista al cielo
 Y en tu mismo amargo duelo
 Eres Madre sin igual.

Rugió sobre tu cabeza
 Con aterrante dureza
 La terrible tempestad,
 Y aunque el dolor te anonada
 Le dicé á Dios tu mirada
 Hágase tu voluntad!

En tan triste desconsuelo
 ¿ Oh Virgen Reina del Cielo!
 ¿ A quién te compararé?
 En la inmensidad Señora,
 Del dolor que tu alma llora
 ¿ Cómo te consolaré?

En tu triste soledad
 Madre de amor y piedad
 ¿ A quién te compararé?
 Si tanto sufriste, tanto
 Y es como el mar tu quebranto
 ¿ Cómo te consolaré?

composiciones de carácter serio, también son muy estimadas. Escribió varios dramas, obteniendo éxitos lisonjeros, sobre todo con el famoso « *Una víctima de Rosas.* ». Ha sido periodista distinguido y ha ocupado puestos públicos de importancia.

Grande como tu aflicción
 Es ¡ ay! la resignación
 De tu divina piedad.
 No en valde bendita eres
 Entre todas las mujeres,
 Madre de amor y bondad.

Nu en valde tú la escogida
 Puieste para dar vida
 En tu seno al Redentor;
 Si eres capaz, Madre mía,
 De soportar su agonía
 Con tan heroico valor!

En tu extremada grandeza
 Y de tu amor en la alteza
 ¿ A quién te compararé?
 Si eres Reina de la gloria
 Y yo polvo y vil escoria
 ¿ Cómo te consolaré?

¡ Ay! sólo puedo, Señora,
 En la congojosa hora
 De tu triste soledad,
 Caer á tus piés angustiado
 Con el corazón tocado
 Por tu excelsa magestad.

Sólo puedo, Madre mía,
 ¿ En la sin par agonía
 De tu inmenso padecer,
 Recordar que tu Hijo amado
 Por librarme del pecado
 Quiso la víctima ser!

Por eso triste y contrito
 Tomo parte en el conflicto
 De tu angustioso dolor,
 Asombrado Virgen Santa,
 De que sufras pena tanta
 Con tan heroico valor!

Á LA JUVENTUD URUGUAYA.

Después de la guerra de nueve años que terminó el 8 de Octubre de 1851.

En aridez trocado nuestro jardín se mira,
 Del infortunio el viento sus flores agostó;
 Y en vano la mirada por él ansiosa gira,
 El huracán violento yormado le dejó!

De nuestro hogar querido las galas se cambiaron
 En lazos funerarios, emblemas del dolor!
 De nuestro ayer dorado los sueños se trocaron
 De desaliento en horas preñadas de dolor!

¿ Quién sabe si aun nos queda algún vestigio triste
 De lo que fuera un día del niño el dulce Edén,
 Donde su infancia tierna desenvolverse viste,
 ¿ Oh Dios! donde tan sólo escombros hoy se ven?

En esas tristes ruinas, generación presente,
 La historia del pasado, con sangre escrita está!
 Venid, pisad conmigo ¡ oh juventud doliente!
 La senda en que nos deja la ruda adversidad.

Venid! sí, vuestro acento enmudecido queda
 Al contemplar, hermanos, estragos por doquier;
 Yo de mi lira un eco sabré arrancar que pueda
 Deciros esa historia de nuestro infausto ayer!

Venid! la voz del poeta, de vuestro llanto el eco
 Sabrá de esos escombros la voz interpretar;
 Mi corazón aun tiene, desencantado y seco,
 Sus fibras para amaros, su voz para llorar!

Las flores sois vosotros que el huracán violento,
 Al derrumbarse airado con furia arrebató;
 Vosotros sois el mártir y noble pensamiento
 Que del naufragio pátrio tan sólo se salvó!

Alzad, alzad la frente, sin que la faz colore,
 No hay manchas en vosotros de oprobio ni maldad!
 Cuando la patria libre su pabellón arbore,
 Vosotros su cruzada sereis de libertad!

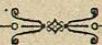
Alzad, alzad la frente, generación bendita,
 Que envuelta en sus escombros la patria ve surgir,
 Alzadla, que grandiosa, vuestra misión escrita
 Está en la hoja gloriosa de nuestro porvenir!

Afrentas del pasado, baldón y mengua y duelo,
 Lecciones son amargas, estudios son de hiel;
 Son páginas que encierran tristeza y desconsuelo,
 Vil fruto de un pasado, ignominioso y cruel!

Son el legado infausto que al espirar nos deja
 De su miseria ingrata nuestro sangriento ayer!
 De la vejez que pasa son la doliente queja,
 Y de la patria en ruinas el grito también es!

Venid! cruzada hermosa de porvenir y gloria,
Vasallos de la virgen, bendita libertad!
Venid! y conjuremos de esa sangrienta historia
La página de sangre, de ruina y horfandad!

Venid! que un solo eco nuestro dolor pronuncie,
Que un solo pensamiento conmueva nuestro sér!
Que nuestro acento, hermanos, sentido al mundo anuncie
Grandioso el día de patria que empieza á amanecer!



ENRIQUE DE ARRASCAETA (1)

ALABANZA AL SEÑOR.

Alabad al Señor en su santuario: alabadle
en el firmamento de su poder.

Salmo CL.

Héme, Señor, en tu sagrado templo,
Aquí vine de tí solo inspirado,
Desde mi hogar tranquilo y olvidado,
A alabarte en tu inmensa excelsitud.
Héme, Señor, aquí, ante tus aras,
Del profeta la voz presente tengo,
Y con su unción á tu santuario vengo,
Si no pulso su armónico laud.

Héme solo, Señor, en tu presencia,
Familia, esposa, amigos y afecciones,
Intereses mundanos y pasiones
A las puertas del templo las dejé.
Allá quedan, también, mi vana ciencia,
Rota y sin cuerdas la profana lira,
Del mundo, y su egoísmo, y su mentira,
Para llegar á tí me despojé.

¡Bendito seas, Señor, en tu santuario,
Bendito el Dios que es todo Omnipotencia,
Todo bondad, justicia, todo ciencia,
Todo hermosura, todo perfección!
A tí solo mi labio da alabanza,
Y en tu infinito sér mi sér se expande,
Porque sólo, Señor, eres tú grande,
Arbitro de la inmensa creación.

(1) El nombre del doctor don ENRIQUE DE ARRASCAETA ocupa lugar distinguido entre los de los hombres públicos del país. Nació en 1819, cursó jurisprudencia, perteneció á la Asamblea de 1858 y fué Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del Presidente Berro. En 1850 publicó un tomo de versos, y en 1881 una antología de poetas americanos, muy apreciada. Sus composiciones se registran en los diarios y periódicos de Montevideo, durante largos años. No fué un poeta de gran inspiración, pero sus versos en general son correctos. Pertenece á la época romántica.

¿Quién sino tú, Señor, formó esos mundos,
Que sin chocar en torno del sol giran,
Y desde el nuestro los mortales miran
Brillando lejos en el cielo azul?
Sólo por tí ese Sol, la tierra alumbra,
Y por tí en el espacio se sustenta,
Por tí vive la planta, el hombre alienta,
Todo es, Señor, porque lo quieres tú.

¡Bendito seas, Señor, en tu santuario,
Bendito el Dios que es todo Omnipotencia,
Todo bondad, justicia, todo ciencia,
Todo hermosura, todo perfección!
A tí solo mi labio da alabanza,
Y en tu infinito sér mi sér se expande,
Porque sólo, Señor, eres tú grande,
Arbitro de la inmensa creación.

¡Oh, plegue á vos, Señor, que cuando muda
Calle mi voz al soplo de la muerte,
Y pueda ya más mi labio inerte
Mi débil alabanza á Dios decir,
Que un ángel de los tantos que te adoran,
El himno que ahora entono, aunque insonoro
Alce por mí desde el celeste coro,
En su plectro de oro y de marfil.

Á UNA NIÑA.

Il sorriso che il labbro t'abbella
D'Eva il primo sorriso assomiglia.
REGALDI.

Niña de los lindos ojos,
La aurora vas de la vida,
Sin conocer sus enojos,
Ni los ocultos abrojos
Que hay en su senda florida.

De jazmines el cabello
Piensas tan sólo en ornar;
Ajustarte un traje bello,
Y al torneado y blanco cuello,
Ceñir vistoso collar.

Y de ensueños halagada,
Niña te dejas llevar
Como piragua confiada
Por la corriente impulsada
Se engolfa en el ancho mar.

Como antes de abrir la flor,
En su capullo plegado
Contiene esencia y color,
Ángel al mundo bajado
Abriga tu alma candor.

Tú no puedes alcanzar,
Que hay en esta vida mieles,
Muy dulces al paladar;
Después de gustadas, hieles,
Que nos llenan de pesar.

Tú no sabes qué es amor,
Aunque á veces hablas de él,
No sabes cuánto dolor,
Cuánta pena y sinsabor,
Da, niña, un amante infiel.

Si una historia te contara,
De una niña como tú,
A quien su amante olvidara,
De cierto el llanto inundara
Tu blanca faz de querub.

¡Oh nunca tu casto oído
Escuche promesa aleve
De mancebo fementido,
Que de la niña, atrevido
Burlar el candor se atreve!

Que si acaso, tú, mi lirio,
Otro preferes á mí,
Si te ama con mi delirio,
Será menos mi martirio
Viéndome lejos de tí.

Poséate, niña, un hombre,
Que tus virtudes proclame,
Que como á su vida te ame,
Que su ángel de bien te llame,
Te dé ventura y su nombre.



FERMÍN FERREIRA Y ARTÍGAS ⁽¹⁾

ROSA.

Al pronunciar tu nombre, se agolpa á mi memoria
Tristísimo un recuerdo de mi perdido amor;
Yo te contára, hermosa, tan peregrina historia,
Mas temo herir en tu alma la fibra del dolor.

También ella era joven, espiritual, hermosa;
Era la flor más pura y esbelta del pensil;
Reinaba entre las flores y la llamaron Rosa,
¡La tempestad un día la marchitó en su Abril!

Con ella concluyeron mis célicas visiones,
Los mágicos ensueños de amor y juventud;
En llanto se trocaron mis blancas ilusiones,
Y hallé en lugar de un ara, su fúnebre ataud.

Desde tan cruel instante, sin brújula ni estrella,
Yo me lancé del mundo por el revuelto mar;
O atravesé el desierto para dejar mi huella,
Sobre movible arena, que el tiempo ha de borrar.

Sin fe ¡qué puedo hablarte de dicha y esperanza?
Mi estrella está en su ocaso, mi luz sin porvenir,
Pasó ya la tormenta, mas vino la bonanza,
Remedo de la calma siniestra del morir.

Así nada le queda ya al pobre peregrino,
Sino reminiscencias de su primera edad;
Sus rosas deshojaron las brisas del destino,
No tiene ni una sola que dar á tu beldad.

Perdón, si en vez de un canto radiante de alegría,
No exhalo, niña hermosa, sino ecos de dolor,
Marchita la flor bella de la esperanza mía,
Se destempló en mi lira la cuerda del amor.

MARÍA.

En la cumbre del Gólgota se mira
El santo leño do espiró Jesús;
Hermosa una mujer gime y suspira
Guardando el pié de la divina cruz.

(1) FERMÍN FERREIRA Y ARTÍGAS nació en Montevideo en Diciembre de 1837. Su existencia fué una lucha apasionada contra el destino, ante el que por fin se rindió. Víctima desde temprana edad de un hondo desencanto, buscó en el vicio, el olvido, y sólo halló nuevas desventuras. Sus versos, sólo son reflejos de esa existencia bohemía, donde una nota dolorosa vibra siempre. Orador elocuente, ocupó un puesto distinguido en el Parlamento; periodista de combate, vibró verdaderas batallas desde las columnas de «El Siglo». Su existencia se agostó lentamente, marchitado por los excesos. Falleció en 1872 á los 35 años de edad.

¡Quién es esa mujer que en triste duelo
Muestra de su alma el desigual dolor?
¿Es acaso mortal? ¿Es de este suelo
Su imponderable y entusiasta amor?

¡O es algún ángel que con forma humana
De su alto trono nos enviara Dios,
Para que llore de la raza humana,
Su horrendo crimen, su barbarie atroz?

Es mas hermosa que la blanca luna,
Pura como el acento del Señor,
Nunca en la tierra vi belleza alguna
Ni más hermosa ni con más dolor.

Es la madre de Dios, la virgen pura,
Que le plugo en sus juicios elegir,
Radiante como el sol en hermosa,
Imposible al mortal de describir.

Es la inocente y celestial María,
Llorando al hijo de su casto amor;
¡Mortales, inclinad la frente impía,
Su llanto respetad y su dolor!

BRISAS.

Venid, venid, ¡oh, brisas fugitivas!
Con vuestras alas á rozar mi sien;
Venid trayendo al pensamiento mío,
Recuerdos ¡ay! de su perdido Edén.

Siento al pasar que refreseais mi frente,
Seca y marchita por interno ardor;
Y qué esas auras que en mi torno giran,
Fueron las auras del primer amor.

¡Venís, oh brisas, de la patria mía
Tristes huyendo á su dolor talvez?
¿Temeis acaso que el destino ingrato
Cual su fortuna humille su altivez?

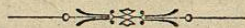
Decid á mi alma una palabra tierna
Que rememore su ilusión de ayer,
Que un eco dulce de la patria amada
Puede tan sólo reanimar mi sér.

¡La tumba vísteis do tranquila duerme
De mi existencia la aromada flor,
Y me traeréis una reliquia santa
De mi primero inextinguible amor?

¡O de mi madre en los sagrados labios,
Habeis robado un beso maternal,
Que me compense de su triste ausencia
A que el destino me obligó, fatal?

Brisas errantes de la patria mía,
No disipeis mi célica ilusión;
Habladme de ella en vuestro mudo acento
Que traduce tan bien el corazón.

Mas no, cesad de revolar inquietas,
Rozando alegres mi abrasada sien;
Quiero olvidar! que los recuerdos matan,
Estando ansente del supremo bien.



HERACLIO C. FAJARDO (1)

LA MAGA.

¿Por qué cubrir con antifaz de raso,
Y externos atributos de hechicera
La realidad con visos de quimera?...
¿Que no eres maga, acaso?

¿Y hay quien al ver tu cabellera blonda
Pueda dudar, oh máscara indiscreta,
Que la maga en efecto no se esconda
Detrás de la careta?

Aquella lluvia de cabellos de oro
Cayendo en profusión sobre tu cuello,
¿No era el inicio más veraz y bello
Del mágico tesoro?

Y aquellos hombros de color de nieve
Y aquel túrgido seno de alabastro,
Y aquella gracia que á seguirte mueve
Con la atracción del astro!

Y aquel acento de sirena que hizo
Emociones brotar tan halagüeñas...
¿No eran divinas y evidentes señas
De tu real hechizo?...

(1) HERACLIO C. FAJARDO, pertenece á aquel brillante grupo de poetas encabezado por Fermín Ferreira y Artigas, herederos de la musa doliente y melancólica de Juan Carlos Gómez. Nació en San Carlos el 30 de Octubre de 1833; desde muy corta edad ingresó al periodismo, redactando «El Nacional.» Es autor de un tomo de versos hoy agotado, titulado *Arenas del Uruguay*, y además escribió el drama *Camila O'Gorman*; amén de su canto laureado «*América y Colón*,» y las composiciones sueltas que publicó en la prensa del país. Proscrito en Buenos Aires, falleció en 1867. Sus versos, aun cuando no posean mérito extraordinario, son en general buenos y se caracterizan por ese romanticismo exagerado y de mal gusto que predominó en el segundo tercio del siglo pasado.

No! no ejercía tu argentina vara
Un prestigio tan dulce y soberano,
Como el de un dedo que al acaso alzara
Tu primorosa mano.

Ni las estrellas de tu ondeado velo
Con tan blandos efluvios relucían
Como tus claros ojos, que vertían
La luz del mismo cielo!

Hoy, al ver el angélico conjunto
Que ayer cubría el antifaz de raso,
Atónito me postro, y te pregunto:
¿Que no eres maga acaso?

¿No dan tus gracias, al que logra verlas,
En éxtasis de amor gratos desmayos?
¿No dan tus ojos sibilinos rayos?
¿No dan tus labios perlas?

¿No es tu rostro el de un hada encantadora?
¿Tu voz, una hechicera melodía?
Y hasta tu nombre, que el querube adora,
¿No es mágico, María?

¡Oh! para darte el cetro que concierne
A tu prescelsa dignidad de Hada,
Basta aspirar la atmósfera encantada
Que á tu alrededor se cierne!

30 DE OCTUBRE.

La mañana era bella, pero el viento
Soplaba en los cipreses con furor,
Imitando el fatídico lamento
Del hombre en estertor.

Ya el sol doraba las marmoreas urnas
Con que el rico su tumba decoró,
Cuando entraron dos almas taciturnas:
Un buen amigo y yo.

Mudos los dos marchamos un momento,
Clavándose de súbito mis piés,
Al oír de mi amigo el grave acento
Diciéndome: — Esa es!

Su mano me indicaba un promontorio
De tierra removida, fresca aún:
Una especie de fúnebre cimborio,
De aspecto asaz común.

¡Aquello era su humilde sepultura!
¡La fosa de su gloria y su elección!
¡El tálamo glorial de su hermosura!
¡Su lóbrega mansión!

No había en ella ni marmórea losa,
Ni epitafio, ni signo redentor;
No adornaba siquiera aquella fosa
Una olvidada flor!

•••••
Era una tumba de esplendor vacía,
Allí, do tantas arrogantes hay...
Pero llena de amarga poesía
Para mis ojos, ay!

Yo caí de rodillas, y mi frente
Aquella tierra con pasión besó...
Y algo mi labio balbució doliente,
Pero blasfemo no!

No!... ni un grito, ni un cargo, ni una queja
Te dirigí, Señor!
Ni un reproche al destino que me aleja,
Y ni cerrar los párpados me deja
Del ídolo querido de mi amor!

Ni un reproche, Señor, por tantos daños
Que rugan ya mi sien;
Por tanta hiel y tantos desengaños
Que me atosigan, al cumplir treinta años,
Sobre la tumba de mi amado bien!

•••••
Considera, Señor, que era mi hechizo,
Mi arcángel bienhechor!
Que *ella* adorarte en mi horfandad me hizo,
Porque el santo precepto satisfizo
De consolar al triste con su amor!

Que fué mártir de pérfidos amaños,
Santa y digna de tí;
Que el vicio, el dolo, el mal fuéronle extraños!
Que no tenía más que veinte años,
Y que murió sin trepidar por mí!

•••••
Por eso en este aniversario, día
De mi natal, Señor,
En que ella tantas flores me ofrecía,
Viene á poner sobre su tumba fría
Una corona fúnebre mi amor.

¡Enlázala, oh mi mártir, en tu palma!
De *siemprevivas* es,
Y, á par que emblema de mi muerte calma,
Expansión de las flores de mi alma,
Que, *siempre vivas*, lanzaré á tus piés.



CARLOS A. FAJARDO ⁽¹⁾

PON EN TU ESPÍRITU HIELO!

Mortal, errante Ashaverus,
Que anda y anda sin destino,
De la vida en el camino
Macilento peregrino
Condenado á no gozar;
Bella! aparta apresurada
La atracción de tu mirada
De la copa envenenada
Que no puedo desechar!

Virgen de amor, huye! aparta
Tu corazón de mi duelo!
Cubra tus ojos un velo,
Pon en tu espíritu hielo
Y en tus palabras desdén;
Y, venero de delicias,
De tus ardientes caricias
Las pudibundas primicias
Siempre incógnitas estén!

De una voz, de un sér, de un hado
Sigo el indómito impulso,
Que de fatiga convulso
Vanamente lo repulso
Cuando quiero reposar;
¡Siempre me lleva tirano
Con su fatídica mano
Ese poder, ese arcano
Que no puede contrastar!

¡Pon en tu espíritu hielo,
Ángel puro! que es mi suerte,
Sin amor, hácia la muerte
Rasgado, lánguido, inerte
Conducir el corazón!
Y en cada instante de vida
Tras una ilusión perdida,
Con hechizos revestida
Concebir otra ilusión!

Hado! impulso que me llevas
Como una debil arista,
Quita, aparta de mi vista,
Si te ofende que persista
Maldiciendo tu rigor;
Quita! y cúbreme de duelo
Todo el encanto del suelo,
Toda la lumbre del cielo
A toda imagen de amor!

(1) CARLOS A. FAJARDO, es hermano de Heraclio y como éste, desde temprana edad escribió para el público. Magariños Cervantes, tuvo para él frases de encomio. Sus versos, más correctos y de una inspiración más pura que los de su hermano, son poco conocidos. Se inspiró en buenos modelos románticos y cultivó con éxito el género.

